esperaban ganar miles de indulgencias. Los sentimientos humanitarios se escondían allá en el fondo de los corazones. ¡Estaba prohibida bajo severas censuras la compasión!

De repente se encendió la llama de la hoguera, chisporrotearon los maderos secos, y el humo se elevó como huyendo de aquel horrible espectáculo.

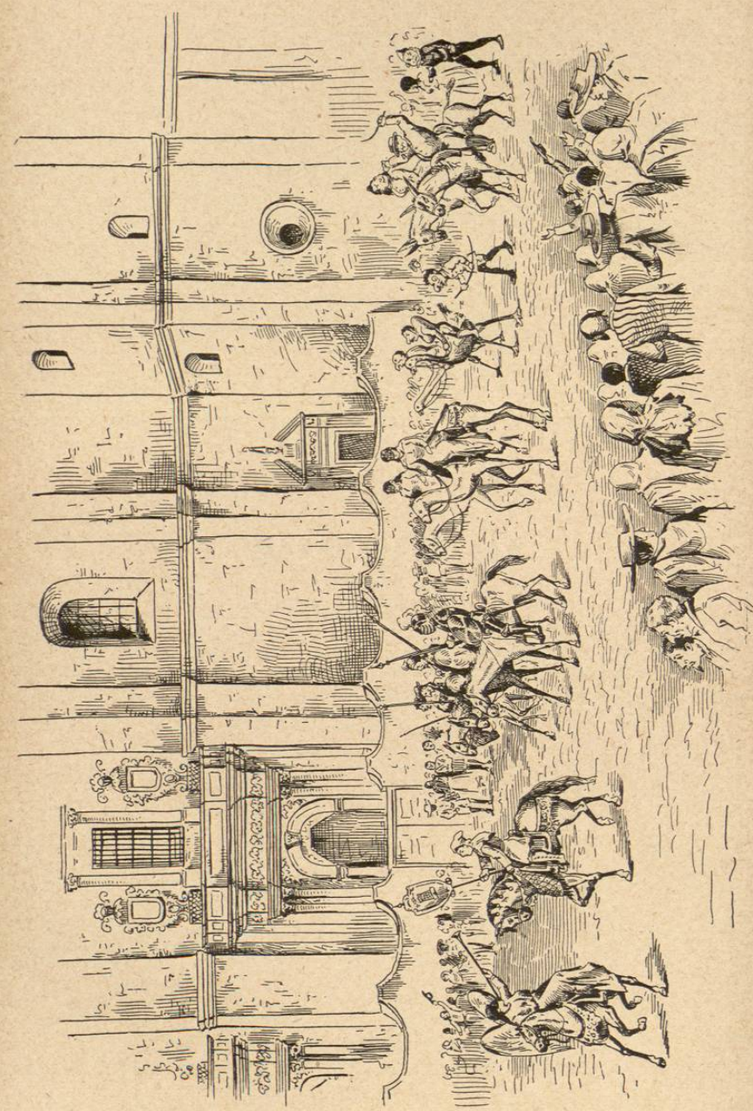
La víctima, casi sofocada, mas sin exhalar un grito, ni un gemido, ni una queja la más leve, se contentó con exclamar, recordando sus bienes confiscados, y atrayendo con los pies las brasas encendidas:

— ¡Echen leña, que mi dinero me cuesta!

---

## CAPÍTULO XXVII

### LAS MASCARADAS



UNA MASCARADA EN EL SIGLO XVII.

# CAPÍTULO XXVII

## LAS MASCARADAS

Á lo humano y á lo divino, unas veces con espectáculos edificantes y otras con bárbaras fiestas ; pero de mil maneras se divertía la gente en los pasados y remotos tiempos de la Colonia.

Las funciones religiosas con toda su pompa y esplendor, las procesiones públicas para dar gracias ó impetrar un favor de la Divinidad, las corridas de toros y las peleas de gallos, los autos de fe y las ejecuciones civiles, eran más que motivos suficientes para sacar de sus casillas á nuestros tatarabuelos, que con caras de pascuas, tranquilidad absoluta de conciencia y á pie ó en coche, salían por esas calles para consagrarse en cuerpo y alma á disfrutar de aquellas diversiones.

Siempre iban alegres y contentos, porque aun las escenas teatrales que de cuando en cuando representaba el Santo Oficio, constituían una diversión, y era peligroso conmoverse ó demostrar lástima, pues tales manifestaciones podían tomarse por el histórico Tribunal, como signos sospechosos de brujería ó de pertenecer á una secta herética ó condenada como la de *Moysén*.

Los románticos, los sensibleros, tenían que hacer de tripas corazón, á riesgo de ir, por lo menos, á mudar temperamento en la esquina de la *casa chata*, en alguno de los calabozos del celebérrimo patio de los naranjos.

Por eso, cuentan las crónicas, que en aquellos felices siglos no hubo muchachas nerviosas, ni patatuses, ni cosas parecidas.

Hombres y mujeres, ancianos y niños, todos estaban templados como el acero para esos espectáculos ; y en las sangrientas corridas

de toros, y en las salvajes peleas de gallos, que eran frecuentes, aprendían objetivamente lecciones de serenidad y de valor.

Los lloriqueos se quedaban para los recién nacidos, para los templos, cuando predicaba uno de aquellos elocuentísimos oradores, que desde lo alto de los púlpitos, con el mágico poder de su elocuencia, hacían derramar torrentes de lágrimas á aquellos ojos secos ante la terrible agonía de un rocinante destripado, ó ante el espantoso suplicio de un ser humano quemado vivo allá en el *brasero* de San Diego.

Empero, en los espectáculos públicos de la Colonia, todas las clases sociales gozaban por igual, desde Su Excelencia el Virrey, hasta el más humilde escribientillo de la Real Hacienda: desde Su Señoría el Inquisidor Mayor, hasta el último familiar; desde los nobilísimos Condes y Marqueses, hasta los plebeyos, y ensabanados del baratillo: unos en balcones y otros en las aceras, unos en carrozas y otros á pie, unos en tablados y otros en gradas, pero todos tenían derecho de participar de las festividades públicas, y el pueblo bajo, aun tenía la ventaja de recoger las medallas y las monedas que se le arrojaban en las juras.

Además de las diversiones que hemos enumerado, durante la dominación española en México, hubo otras especies de festejos populares, muy en boga entonces, que se verificaban á menudo y con diversos motivos, que fueron la delicia de nuestros antecesores, y que hoy han desaparecido por completo: *las Mascaradas*.

¿Quién las recuerda ahora? Mascaradas había no hace muchos años en la bulliciosa época del Carnaval: pero estas no son á las que nos queremos referir: las Mascaradas de la Colonia tenían, es cierto, algunas semejanzas con las que hemos presenciado; pero las últimas salían en días determinados, mientras que las otras, las de los tiempos virreinales, celebrábanse como hemos dicho, con diferentes objetos y en cualquier mes del año.

"Festejábanse con mascaradas, — dice el Sr. Riva Palacio — el cumpleaños de los monarcas ó de los virreyes, las canonizaciones de los santos, las dedicaciones de los templos, la entrada de los virreyes ó de los arzobispos, los nombramientos de los catedráticos y la mayor parte de las fiestas religiosas."



La Universidad, cuando concluía un año escolar, ó cuando un rector recibía su nombramiento, sacaba Mascarada y carro alegórico.

Porque en muchos los carros alegóricos eran indispensables.

Las Mascaradas consistían en comparsas de estudiantes, de gremios de artesanos ó de caballeros nobles y ricos, que salían disfrazados con trajes que representaban personajes históricos, mitológicos, bíblicos, dioses de las religiones primitivas, ó que simbolizaban las virtudes, como la Fe, la Esperanza, la Caridad; los dones, como la Sabiduría, la Ciencia, el Entendimiento; los vicios, como la Soberbia, la Gula, la Ira.

No faltaron, sin embargo, algunas Mascaradas en que se hacía burla de personas vivas y prominentes, y llegó á tanto el desacato que, cierta vez, en la ciudad de Puebla, "se hizo en ella una mascarada indecentísima en que sacaron en estatuas al conde virrey y á la condesa su muger, en forma de que se hacía justicia de ambos, con pregón de muchas y grandísimas injurias, haciendo paseo por las calles, siendo actualmente virrey, y consiguiente, ofendiéndose á Su Magestad, cuya imagen representaba, con tan atroz delito siendo tan público."

Las Mascaradas se hacían de día, ó de noche á la luz de las antorchas que conducían los que formaban las comparsas; y "eran á lo *serio* ó á lo *faceto*, según los personajes; el asunto ó el vestido de los que salían."

En los *Diarios de sucesos notables*, escritos por Guijo y Robles, se describen las principales Mascaradas, y el General Riva Palacio en el tomo segundo del *México á través de los siglos*, ha recopilado y reproducido algunas de esas descripciones.

Por nuestra parte vamos á citar las que hemos encontrado en esos *Diarios*, y algunas otras que se hallan mencionadas en "Relaciones" de aquella época, hoy rarísimas; pero sólo hablaremos de las principales, y el que deseare conocer todas puede ocurrir á dichos libros.

La costumbre de sacar máscaras por las calles fué antigua ; pues eran tan comunes que en 1539 se prohibió sacarlas sin licencia, pena de destierro y cárcel, tal vez por los desórdenes á que daban lugar.

Cuando la conspiración conocida por *la rebelión del Marqués del Valle*, hijo de Cortés, las máscaras eran frecuentes en las fiestas, y una de las más notables fué la que hizo Alonso de Ávila Alvarado, quien desde su encomienda de Cuauhtitlan, un domingo del mes de Octubre de 1565, vinó á México y "entró en la ciudad con veinticuatro amigos, vestidos de indios caciques, y con gran regocijo y música se apearon todos en casa del marqués, donde estaban reunidos, convidados para una fiesta, el visitador (Valderrama) muchas damas y los caballeros de importancia. Alonso en el papel de Moctezuma, y el marqués en el de su padre D. Hernando, representaron la primera entrada de los españoles en la capital del Imperio azteca, y saliéndose de la verdad histórica, aquél prodigó al conquistador, no sólo las muestras más rendidas de amistad, sino que al rumor de los instrumentos y enmedio de los aplausos de la concurrencia le puso en la cabeza y en la de su mujer guirnaldas de pluma, tal vez semejantes al *Copilli* de que usaban los monarcas mexicanos: un truhán que estaba presente gritó como por donaire, ¡ tómate esa corona, marquesa ! Los disfrazados *tlatoanes* llevaban en las manos ramos de flores con coplas y motes para repartir á las damas, unos de galantería y amores, otros de embozada significación enderezados á la revuelta, pero entendibles únicamente por los conjurados; el letrero puesto en el *suchil* que al marqués tocó, decía: no temas la caída, pues es para mayor subida. Acabada la farsa, mientras comenzó el sarao en la casa, la máscara anduvo por las calles despertando á los vecinos con el ruido de su música, cantando romances y coplas alusivas á la empresa, hasta la media noche, en que se retiró para asistir á la cena prevenida. El convite fué á la usanza de los indios; se pusieron á la mesa manjares del país preparados en la encomienda de Alonso, y los platos, los picheles, los jarros, los candelabros, todo el servicio era del barro de la tierra, sin duda de Cholula ó Cuautitlan, cuyos alfareros tenían fama de fabricar la loza más hermosa y fina ;



no escasearon los licores espirituosos, y alegres con la comida y excitados con el vino, circularon enmedio de estrepitosas risas los dichos agudos y las palabras de doble sentido con alusión á la revuelta. Levantados los manteles, la mogiganga tornó á salir por las calles con hachas encendidas en las manos y á caballo, según lo que se llamaba *encamisada*, tirándose los jinetes conforme á la moda del tiempo, con *alcancías*, que eran unas bolas de barro endurecidas al sol, llenas de ceniza ó de flores, y cuyos tiros se resistían parándolos con las adargas : los *alcanciazos* son hoy los cascarones, que rompen en las cabezas las gentes bulliciosas en los juegos de Carnestolendas.[1]"

Tal fué aquella significativa Mascarada, que sirvió para sondear los ánimos de los españoles, — como dice un historiador — con el objeto de llevar á cabo el levantamiento contra el Rey.

De otra clase de mascaradas, nos dejó memoria Juan Rodríguez Abril, platero, en una curiosísima narración impresa en México el año 1621, en la calle de Tacuba y por Pedro Gutiérrez, y que intituló "Verdadera Relación de una máscara que los artífices del gremio de la platería de México y devotos del glorioso San Isidro el Labrador de Madrid, hicieron de su gloriosa beatificación."

Después de las fiestas celebradas por el Arzobispo D. Jacinto Pérez de la Serna , y por D. Pedro Cortés, 4° Marqués del Valle, los artífices de la insigne platería de México, sacaron — dice Rodríguez Abril — " la más grandiosa máscara que se ha visto en Nueva España."

Salió el domingo 24 de Enero de 1621, del patio de las casas del Mariscal de Castilla, que entonces estaban frente al convento de San Francisco, en la hoy calle de San Juan de Letrán.

Daba principio á la Mascarada una alegoría de la Fama, en caballo blanco, vestido de tela rosada y tocado vistoso.

" Seguíala un bizarro labrador, montado en un caballo morcillo, el más pequeño de los que se conocian en Nueva España, y de los mejores brazos y traza que se puede pintar, hermosísimo de crin, con rico y vistoso jaez. El que hacia de labrador llevaba una máscara de

1. Orozco y Berra, *Noticia histórica de la Conjuración del Marqués del Valle*, México 1853, págs. 38 y 39.

plata, calzón y camisa ricamente fabricados de pita; caperuza, sayo y polainas de paño pardo con todos los vivos guarnecidos de jacintos engastados en oro, y todo el campo lleno de mucha diversidad de piedras preciosas, diamantes, rubíes, esmeraldas, girasoles, perlas, y otras muchas joyas de oro, en tanta copia, que no es posible hacer suma de su riqueza.

"Llevaba en la mano derecha una asta de plata melcochada, y pendiente de ella un excelente retrato de las armas de Madrid."

Dice el mismo cronista, que el Santo llevaba "delante de si, por grandeza y ornato, todos los caballeros andantes, autores de los libros de caballería, Don Belianis de Grecia, Palmerín de Oliva, el Caballero del Febo, etc., yendo el último, como más moderno, DON QUIJOTE DE LA MANCHA, todos de justillo colorado, con lanzas, rodelas y cascos, en caballos famosos; y en dos camellos Melia la Encantadora y Urganda la Desconocida, y en dos avestruces los Enanos Encantados Ardian y Bucendo, y ultimamente SANCHO PANZA, y doña *dulcinea del Toboso*, que á rostros descubiertos, lo representaban dos hombres graciosos, de los más fieros rostros y ridículos trajes que se han visto."

Tan graciosa y original Máscara, que demuestra la gran popularidad que gozaba ya entonces en México, la obra del ingenio entre los ingenios, Miguel Cervantes Saavedra, llevaba por todos cuarenta hombres disfrazados. Recorrió las principales calles de la ciudad, y duró desde las dos de la tarde hasta las *aves marias*.

El 25 de Noviembre de 1576 salió una Mascarada de caballeros, con magníficas libreas, tan buenas, que nunca se habían visto desde que se conquistó México; pasó á las ocho de la noche por la calle de San Bernardo y á las nueve por la Inquisición; y al día siguiente volvió á salir en la tarde, "entró á la plaza y corrieron los caballeros delante del señor virrey y la audiencia."

El año 1658, los padres de la Compañía de Jesús habían ordenado dos máscaras de sus estudiantes, una á lo ridículo y otra á lo grave y teníanlas dispuestas para el 3 de Mayo de dicho año; pero habiendo muerto el Padre Juan del Real el 30 de Abril, las mandó suspender



la Virreina. Enterrado el difunto, provincial que hubo de ser de la Compañía de Jesús, se arreglaron de nuevo las máscaras para el día 5, y "á las tres de la tarde salió de dicho colegio un número grande de estudiantes á lo faceto y ridículo, así de negros y negras, como de mulatas, vaqueros, micos y la escuela de Galeno, cada nación en su carro ridículo; y acabado, se siguió la nación mexicana, y Monctezuma y Malinchi costosamente aderezado, y luego algunos que representaban los grandes de la corte de Madrid, bizarros en gala y adorno y luego se seguía el capitán de la guarda con bizarro vestido y librea, y luego un carro triunfante, y en él formada una pirámide con arquitectura, leones y castillos en las esquinas, y por remate un trono donde estaba sobre dos almohadas de terciopelo carmesí la corona y cetro, y en las cuatro esquinas cuatro banderas; al pie de esta pirámide ó palacio iba el rey de España y reina con notable gravedad y autoridad y costa, sentados en sus sillas, y el príncipe heredero del lado izquierdo del rey, á sus pies el paje de guión, y á los de la reina un enano; luego se siguió el caballo con rica cubierta de tela, que llevaban cuatro lacayos de tocados, y luego iba el caballerizo costosamente vestido, y tras él cuatro carrozas de cuatro mulas, cada una descubiertas pasearon desde tres á siete de la noche las calles principales de la ciudad, y llegaron á palacio, donde en los balcones que caen en la plaza aguardaba el virrey, y oidores y la virreina, y los suyos en otro; pára la máscara, interin que por un estudiante se echó una loa: acabada, pasaron por las casas arzobispales, donde esperó el arzobispo, y de allí se volvieron al colegio de San Pedro con luz, y á sus casas sin desgracia notable."

Citaremos por último estas otras:

"Mayo 9 de 1691. — *Mascarada curiosa.* — Dicho día salió de la casa del Duende Don Fernando Valenzuela, una máscara seria en nombre de la real Universidad por el casamiento del rey; y salieron en ella muchas personas á caballo, unas en forma de diversos animales, como son, águilas, leones, y otras en trajes de naciones, como son, turcos, indios y españoles, y otras personas al revés, con los piés para arriba y la cabeza para abajo, con sus hachas en las manos y

corrieron debajo del balcón de palacio todos, y se acabó después de las once de la noche."

Los días siguientes : jueves 10, salió la Máscara de los plateros ; viernes 11, la del Conde de Santiago, y el sábado 19, la de los panaderos.

Sentimos no poder citar otras Mascaradas bastante curiosas, como la que salió el 6 de Noviembre del año de 1700, que representaba el mundo al revés, " los hombres vestidos de mujeres y las mujeres de hombres ; ellos con abanicos, ellas con espadas : el carro vestido gallardamente con un retrato de San Juan de Dios, y un garzón ricamente adornado que recitaba una elegante loa."

De estos festejos tan populares y favoritos de la Colonia, sólo queda el recuerdo ; pasaron como las alegres comparsas del Carnaval, que no hace muchos años recorrían las calles y el Paseo de la Viga, bromeando á muchos y arrojando dulces á las damas de los coches.

Hoy, solamente se disfrazan uno que otro inocentón, y los concurrentes á las bacanales de los teatros de Vergara y Arbeu.

---

## CAPÍTULO XXVIII

### LA DÉCIMA MUSA